

## TEMAS DE REFLEXIÓN

# TEMAS DE REFLEXIÓN

**Octubre**

### LA MISA 3ª PARTE RITO DE LA COMUNIÓN

Quisiera saber transmitirlos los sentimientos que me embargan al escuchar la segunda parte de la plegaria Eucarística, con una fuerza no menor que cualquiera de los poemas escritos por grandiosos que sean los poetas. Es una oración de súplica y una oración de alabanza dirigida al Padre.

Me sobrecoge caer en la cuenta de que hay un intervalo de tiempo entre las palabras de la consagración que anuncian la fracción del pan y el momento posterior en que el celebrante lo parte. Me parece que se detiene el tiempo de Cristo, y que en su presencia crucificada, muerto ante nosotros, nada menos que se lo ofrecemos al Padre, como pan de vida y cáliz de salvación y le damos gracias porque por su Hijo nos hace dignos (mucho más que considerarnos dignos) de servirle en su presencia.

Y en ese momento sobrecogedor, ante Jesús suspendido en

la Cruz, le pedimos al Padre – al que todo lo que pidamos en su nombre nos dará– por la unidad de la Iglesia y su perfección por la caridad, por el Papa y todos los pastores, por los difuntos; y para nosotros, misericordia, compartir la vida eterna y cantar tus alabanzas.

Si la poesía es palabra emocionada, capaz de suscitar los sentimientos más nobles, la verdad, la belleza y el bien, convierten esta oración en momento en sublime.

En esta tercera parte nos acercamos, como en las celebraciones sacrificiales antiguas, al momento en que los fieles somos invitados a participar en la comunión de la víctima pascual sacrificada. Las palabras de Cristo: *“el que coma de este pan vivirá para siempre”*, centran la tercera parte de la misa. El pan y el vino consagrados por el sacerdote se han transustanciado en el cuerpo y la sangre de Cristo muerto, sí, pero resucitado, vivo

para nuestra vida y vivo entre nosotros para crecer en su amor.

Si en la primera parte alabamos a Dios con himnos hechos por los hombres y lo escuchamos en las lecturas al leer su palabra revelada del Antiguo o del Nuevo testamento y proclamamos el Credo como expresión de la fe de la Iglesia, ratificada por la asamblea de los creyentes. Si en la segunda, en el sacrificio eucarístico, alabamos a Dios con himnos aprendidos de los ángeles al entonar el santus, o recuperamos la antigua alianza rota por el pecado, mediante el memorial de la muerte y resurrección del Señor ofrecido incruentamente al Padre en unidad del Espíritu Santo, por Cristo con Él y en Él y reconocemos todo el honor y toda la gloria. Será en la tercera parte, cuando Dios mismo se acerca en ágape fraterno, como encuentro personal y alimento para cada uno de los participantes, entrar en nuestra alma y montar un tabernáculo de amor en el interior de cada uno, anciano, joven, niño, hombres y mujeres. El Dios escondido entra en intimidad inaudita con cada uno de nosotros, a pesar de nuestra indignidad ontológica, pero debidamente preparados con las ropas apropiadas al banquete de boda al que hemos sido invitados.

En esta tercera parte va a tener lugar lo que Santa Teresa llamaba “*encuentro de amistad con quien sabemos nos ama*”. Es la hora de silencio, para escuchar; de la acción de gracias por tantos beneficios, y de las súplicas por tantas necesidades de nosotros y del mundo entero; es como decía a sus Monjas: Es el momento de la negociación. Santa Teresa y tantos santos, obtuvieron sus gracias, en el encuentro de la comunión. Los adoradores lo prolongamos en la media hora de meditación silenciosa.

El ara del altar se ha configurado en la mesa del banquete. Aparentemente todo sigue igual, pero ahora, manteles y corporales adquieren protagonismo, vamos a participar en el banquete del Cordero sacrificado, del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Dos “*amenes lo estructuran*” y una cuarta elevación del cáliz y de la Hostia Santa. En el primer amén cerramos la plegaria eucarística con la exaltación por Cristo con Él y en Él, en unión con el Espíritu Santo, al Padre, a quien damos todo honor y toda gloria.

El segundo amén, es personal, es el que pronunciamos asintiendo a las palabras de quien nos acerca al Señor, nuestro Amén rati-

fica la divinidad del cuerpo que recibimos y asentimos al deseo de que este cuerpo sirva de alimento para la vida eterna. La sucesión de cada uno de los elementos va configurando una sinfonía in crescendo. Rezamos el padre nuestro, proclamamos nuestra esperanza en la gloriosa venida de Jesucristo a quien le reconocemos el reino, el poder y la gloria, como Señor del tiempo y de la historia, recordamos que sólo Jesús es el príncipe de la paz de quien procede la paz y la unidad para la Iglesia y para el mismo mundo. Se realiza, en la unión de un fragmento de la Hostia con el vino, gesto menor en apariencia; en la unión del cuerpo y de la sangre se nos presenta visiblemente que Cristo ha resucitado.

Es en este momento de la fracción del pan, el que en la última Cena tuvo lugar a continuación de la consagración, cuando se termina esa suspensión del tiempo que nos hace contemplar, mientras brotan a sus pies nuestras oraciones, a Cristo pendiente en la cruz, ofrecido al Padre para restaurar la Alianza, al que le dirigimos la segunda parte de la plegaria Eucarística y el comienzo del rito de la Comunión.

Éste es el momento en que Cristo, como Cordero Pascual que

quita el pecado del mundo y que nos trae la Paz, atrae nuestras miradas. Si antes nos dirigíamos al Padre, ahora centramos nuestra atención directamente en Jesucristo, que nos va a llegar como alimento para la vida eterna. Sin la Eucaristía no podemos vivir, sin su comunión se hace largo y pesado el camino. Es la apoteosis del encuentro del creyente en la intimidad de su espíritu con el Señor.

Tomar conciencia de la maravilla de este misterio nos hace agradecidos. Sin este encuentro es muy difícil la fidelidad. Sin esta experiencia de Dios, sin este encuentro con el Dios personal que nos ama, se reduce la celebración a un rito sociológico de costumbres sin alma, vacío y rutinario. Abandonarnos, en la intimidad, a solas nada menos que con Dios, en Jesucristo y en Él con el Dios Trinitario, hace del vivir un gozo aún en las adversidades e inclemencias de la vida, porque todo adquiere su verdadero sentido.

La oración última de comunión refuerza el don recibido y suplica a Dios su eficacia sobrenatural en nosotros.

Dos momentos os ofrecemos a vuestra consideración: el

padre nuestro y el rito de conclusión.

Incrustada en la liturgia de la misa aparece solemnemente la oración que el mismo Cristo nos enseñó. Es una oración sin duda para repetirla en todo tiempo y lugar, como modelo perfecto de oración de alabanza y de súplica. Pero es en este momento de la misa cuando adquiere sentidos y resonancias inimaginables humanamente. ¡Qué audacia la nuestra! Nada menos que llamar a Dios Padre y no metafóricamente como a los antiguos dioses, sino realmente por ser hijos adoptivos rescatados y redimidos por el Verbo encarnado.

Cuando lo rezo en la misa me parece hacerlo primigeniamente, como si fuera la primera vez en el mundo; precisamente porque lo hacemos a continuación de haber alcanzado la restauración de la Alianza por Cristo. Por ello el celebrante nos invita:

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir.

O bien:

Llenos de alegría por ser hijos de Dios, digamos confiadamente la oración que Cristo nos enseñó.

Son dos fórmulas que hacen referencia, la primera a nuestra audacia de atrevernos a llamar Padre a nuestro Dios; la segunda a la alegría por la filiación divina que se nos ha concedido.

Son como dos aldabonazos que resuenan al rezar el padrenuestro. Uno mira al asombro y al agradecimiento. El otro al Señor que vamos a recibir en el banquete de la comunión, y que hace que adquieran sentidos especiales el pan nuestro que pedimos para cada día, además del que satisface nuestras necesidades materiales, el perdón de los pecados, el libramos de la tentación y el libramos del Mal.

El segundo momento que queremos destacar es el rito de conclusión. Parece que el final se precipita como si tras un ritmo sosegado, tuviéramos prisa por concluir. Y, sin embargo, en su brevedad, es un colofón cargado de sentido y de unción. Nada menos que el deseo de que Dios nos acompañe a lo largo de la semana, día a día, momento a momento. No es una fórmula vacía ni trivial. El celebrante pronuncia un deseo para toda la asamblea: El Señor esté con vosotros y respondemos: y con tu espíritu. Pero a continuación pronuncia la bendición de Dios. Nada menos que

el reconocimiento de Dios por haber participado en el misterio y celebración tan sobrenatural, que nos imparte el bien que necesitamos.

Pero queda algo muy importante, consecuencia de la bendición de Dios. Si asiste un diácono, él lo proclama. Podéis ir en paz. Demos gracias a Dios. No es que se nos avisa que ya podemos irnos, aunque sea en paz. *Ite*, misa est. No, de ninguna manera. Los frutos

## PREGUNTAS

1ª.- ¿Qué nos quiere resaltar la Iglesia al introducir una oración de súplica y alabanza entre el instante de la consagración y el posterior de la fracción del pan, momento en el que el sacerdote echa un trocito de la Hostia en el Vino?

2ª.- ¿Por qué Santa Teresa decía que al recibir en nuestro interior a Cristo Eucaristía es el momento propicio para entablar un diálogo de amistad con quien sabemos nos ama y para negociar con Él nuestros asuntos, súplicas, agradecimientos y consuelos?

3ª.- Realizada la restauración de la Antigua Alianza con la solemne proclamación doxológica de que por Cristo, con Él y en Él le tributamos al Padre todo honor y toda gloria, ¿Qué nos indica que inmediatamente

de los dones recibidos están para ser distribuidos en medio del mundo. Nuestra eucaristía tiene que dar sus frutos precisamente al salir de la iglesia. De entre las fórmulas posibles me parece muy iluminadora la que dice: –“*Ite ad Evangelium Domini nuntiandum*” (Podéis ir a anunciar el Evangelio del Señor).

“Salvador mío: Yo no veo en ese altar más que una apariencia de pan; veo ese pan en millares de altares a la vez, y no puedo comprender cómo os oculta esa apariencia de pan, y os oculta en tantos lugares siempre. Pero tengo, oh Dios mío, vuestra divina palabra por motivo de mi fe; por testimonio de vuestra palabra, millones de mártires, y maravillas innumerables; y por coronamiento de todas esas pruebas el sentimiento de vuestra gracia en mi alma. Así, yo creo, oh Jesús, con todo mi corazón, y os inmoló con amor y con gozo mi inteligencia y mi razón. Que os sea Señor agradable este sacrificio. Dignaos aumentar vos mismo todos los días la viveza y la firmeza de mi fe, porque para creer es necesaria vuestra gracia” (“Lámpara del Santuario”, 1876).

¿Qué nos indica que inmediatamente la criatura, el ser humano, se atreva a llamarle a Dios Padre?

---

## TEMA DE REFLEXIÓN

### Noviembre LA LITURGIA DE LAS HORAS

Hemos ido señalando a lo largo de estas reflexiones que la diferencia entre oración vocal y la contemplativa es de medio de expresión pero nunca de esencia. Toda oración es siempre un diálogo y no un monólogo que hacemos en voz alta o en silencio. Si no tenemos presente a ese Alguien al que le dirigimos las palabras, será cualquier cosa menos oración. La oración es siempre encuentro con quien sabemos nos ama.

Decía don Luis de Trelles: *“Porque la perfección en la obra es el idioma del amor y, el que ama, quiere ser elocuente y expresivo y su compostura ha de expresar el afecto que le anima, manifestándolo en las menores circunstancias de su obra”*.

Cada uno de los accidentes (léase: detalles poco importantes) de ella da ocasión a traducir al exterior la íntima aspiración del alma, pues *“las manifestaciones del afecto deben ser adecuadas a la excelencia de la persona amada.”* (LS, T XI, 1880, págs. 91-92).

La oración está asociada a la virtud de la Fe: creemos en las verdades que proclamamos en el credo. La oración está asociada a la virtud de la religión: A tan gran Dios nos sentimos inclinados a dar el culto merecido, a tal Señor, tal honor. A la oración está asociada la virtud de la piedad: *“traducir al exterior la íntima aspiración del alma”*. *“La piedad en su esencia hace visible lo invisible, perceptible lo inaudito y hasta oíble; tangible, lo intangible, y convierte el olor del incienso en una señal de la grandeza de Dios, y en su alabanza”*.

Meditad estas palabras **“la perfección en la obra es el idioma del amor”**. El secreto en este caso de la oración es transformar nuestras palabras en idioma del amor. Piensa en con quién hablas, la maravilla de un Dios, omnipotente, Señor del cielo y de la tierra. Pero tan cercano que su presencia humilde en un pedazo de pan nos puede hacer olvidar su grandeza. Estamos ante el Señor. Lo lógico sería postrarnos en tierra sin osar ni levantar la cabeza. Y sin embargo lo que quiere es nuestra correspon-

dencia amorosa. Y ¿cómo lo vamos a conseguir? Haciendo bien aquello que en ese momento tenemos que hacer. ¿Cómo harás la genuflexión si se lo haces al Dios de toda la creación? Y ¿Cómo recitarás la liturgia de las horas?

Don Luis, adelantándose a los tiempos, sorprendió a los entendidos de que introdujese en el esquema de cada vigilia de la Adoración Nocturna el rezo de las horas. Parecía que sólo tenían derecho y obligación a rezarlo los consagrados, pero no los laicos. En la Iglesia primitiva no fue así. Don Luis advinó que si la Liturgia de las Horas era la oración con que oficialmente la Iglesia alaba a Dios, bien debían ejercitarla junto al rezo del rosario, la lectura contemplativa y el prodigio de la misa, los adoradores nocturnos seculares. La Adoración nocturna es una escuela de amor y una escuela de oración, eminentemente prácticas. El adorador debe convertir lo ejercitado en una noche en estilo de vida permanente. Haga lo que haga, ¡en presencia de Dios!: rece un salmo, haga una comunión espiritual, asista a misa, prepare la comida, lea, escriba o eche de comer a los pájaros. No olvidéis: el adorador (hombre y mujer) ha de convertirse en lamparilla del santuario. Eso esperaba y deseaba don

Luis. Lucecitas insignificantes que recuerden a este mundo que Dios está aquí. Lo tremendo y admirable es que el mismo Dios nos lo pide a pesar de nuestras limitaciones y miserias.

Permitidme acudir de nuevo al Catecismo de la Iglesia Católica, la obra que debíamos tener siempre a nuestro alcance. En tiempos de tanta confusión es guía segura para todas nuestras inquietudes.

Me impresiona que a La Liturgia de las Horas la Iglesia la llame también "Oficio divino". Cada número daría pie para una meditación reposada:

Os selecciono el 1174: El Misterio de Cristo, su Encarnación y su Pascua, que celebramos en la Eucaristía, especialmente en la asamblea dominical, penetra y transfigura el tiempo de cada día mediante la celebración de la Liturgia de las Horas, "*el Oficio divino*" (cf SC IV). Esta celebración, en fidelidad a las recomendaciones apostólicas de "*orar sin cesar*" (1 Ts 5,17; Ef 6,18), "*está estructurada de tal manera que la alabanza de Dios consagra el curso entero del día y de la noche*" (SC 84). Es "*la oración pública de la Iglesia*" (SC 98) en la cual los fieles (clérigos, religiosos y

laicos) ejercen el sacerdocio real de los bautizados. Celebrada "según la forma aprobada" por la Iglesia, la Liturgia de las Horas "realmente es la voz de la misma Esposa la que habla al Esposo; más aún, es la oración de Cristo, con su mismo Cuerpo, al Padre" (SC 84).

¿Qué os resaltaría?

1°. El texto está extraído de la constitución Sacrosanctum Concilium.

2°. La Liturgia de las Horas "está estructurada de tal manera que la alabanza de Dios consagra el curso entero del día y de la noche" (SC 84).

3°. Es "la oración pública de la Iglesia" (SC 98) en la cual los fieles –clérigos, religiosos y laicos– ejercen el sacerdocio real de los bautizados.

4°. Celebrada "según la forma aprobada" por la Iglesia, la Liturgia de las Horas "realmente es la voz de la misma Esposa la que habla al Esposo; más aún, es la oración de Cristo, con su mismo Cuerpo, al Padre" (SC 84).

Por el interés que tiene para nosotros Adoradores os adelanto el n° 1178:

*"La Liturgia de las Horas, que es como una prolongación de la celebración eucarística, no excluye sino acoge de manera complementaria las diversas devociones del Pueblo de Dios, particularmente la adoración y el culto del Santísimo Sacramento."*

Cada momento que la entretengan tiene un sentido admirable:

*"1177. Los himnos y las letanías de la Oración de las Horas insertan la oración de los salmos en el tiempo de la Iglesia, expresando el simbolismo del momento del día, del tiempo litúrgico o de la fiesta celebrada. Además, la lectura de la Palabra de Dios en cada hora (con los responsorios y los troparios que le siguen), y, a ciertas horas, las lecturas de los Padres y maestros espirituales, revelan más profundamente el sentido del Misterio celebrado, ayudan a la inteligencia de los salmos y preparan para la oración silenciosa. La lectio divina, en la que la Palabra de Dios es leída y meditada para convertirse en oración, se enraíza así en la celebración litúrgica".*

Está recomendada a todo el Pueblo de Dios y al referirse a los laicos utiliza una expresión que nos implica a los adoradores: "reunidos entre sí":



1175. La Liturgia de las Horas está llamada a ser la oración de todo el Pueblo de Dios. En ella, Cristo mismo *"sigue ejerciendo su función sacerdotal a través de su Iglesia"* (SC 83); cada uno participa en ella según su lugar propio en la Iglesia y las circunstancias de su vida: los sacerdotes en cuanto entregados al ministerio pastoral, porque son llamados a permanecer asiduos en la oración y el servicio de la Palabra (cf. SC 86 y 96; PO 5); los religiosos y religiosas por el carisma de su vida consagrada (cf. SC 98); todos los fieles según sus posibilidades: *"Los pastores de almas deben procurar que las Horas principales, sobre todo las Vísperas,*

*los domingos y fiestas solemnes, se celebren en la iglesia comunitariamente. Se recomienda que también los laicos recen el Oficio divino, bien con los sacerdotes o reunidos entre sí, e incluso solos"* (SC 100).

Finalmente nos pide una actitud y una tarea:

1º. *"Armonizar la voz con el corazón"*. Es decir: convertir el rezo en oración. ¿No se lo recitamos a quien sabemos nos ama?

2º. Formación: en ello estamos: *"adquirir una instrucción litúrgica y bíblica más rica especialmente sobre los salmos"* N° 1176.

## PREGUNTAS BÁSICAS

1ª.- ¿Qué diferencia existe entre leer en voz alta "La sirenita de Andersen" y recitar en el turno de vela el salmo 50? ¿Por qué la primera es un ejercicio literario, aunque se lo leas a tus nietos o incluso al mismo Rey? ¿Cuándo el salmo recitado lo convertimos en oración?

2ª.- En la vigilia tuya, cuando recitas los salmos, o los himnos o lees una lectura, aunque lo hagáis entre varios ¿oráis por cuenta propia o lo hacéis en nombre de la Iglesia, salmodiando lo que la Iglesia salmodia? La Adoración Nocturna tiene como sello distintivo orar como ora la Iglesia.

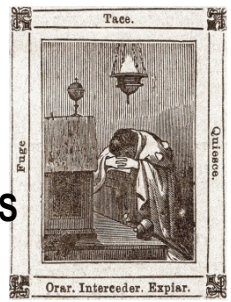
3ª.- Qué significan estas dos frases: *"armonizar la voz con el corazón"* y *"La perfección de la obra es el lenguaje del amor"*. ¿En qué sentido dicen lo mismo?



---

## TEMA DE REFLEXIÓN

### Diciembre: EL EMBLEMA EUCARÍSTICO DE D. LUIS



Vamos a despedir este curso de meditaciones para aprender a adorar, deteniéndonos a contemplar el grabado que don Luis reprodujo en casi todas las Lámparas del Santuario. Es evidente que no pretende deleitarnos con una imagen ornamental. Lo que quiere es que todo adorador, hombre o mujer, descubra la esencia que en cada vigilia hemos de poner en práctica. El lema para este número podría servir *“Aprende a mirar para aprender a orar”*. El personaje principal no es el peregrino sino El Señor presente en ese copón expuesto a nuestra adoración. Escribía don Luis para los adoradores de Tarra-gona:

*“Es la Eucaristía, señores, la obra maestra de Dios, centro augusto de los Sacramentos, por los cuales se nos comunica la virtud de la Redención; renovación incesante del Sacrificio del Calvario; abismo insondable del amor de Dios, donde reside la fuente misma de todas las gracias; continuación y multiplicación de la presencia de Dios hecho hombre en este valle de destierro; glorificación terrestre de la naturale-*

*za y de la humanidad; perfeccionamiento supremo de la vida sobrenatural; corazón de la Iglesia; foco de su fecundidad, de su vida y de su unidad, la más espléndida de las manifestaciones del amor divino, el más estupendo de los milagros de su omnipotencia, resumen y compendio de todas las maravillas del Señor”.*

Mi corazón agradecido mu-sita interiormente: Tú eres Señor el que me llamas por mi nombre para que acuda a este encuentro. Estoy cansado y agobiado por los mil incidentes del vivir y por los afanes de cada día, y por eso me llamas a encontrar el alivio que me tienes prometido. Gracias, mi Señor. Gracias por haberte quedado escondido a mis ojos en la penumbra de este sagrario, donde si mis sentidos se engañan, mi oído puede oír tu voz. Sé que escuchas mis susurros y mis sollozos pero aguzo mi oído para escuchar tus palabras de ánimo y consuelo. Sé que me estás diciendo: ánimo, adelante, yo también te quiero. Mi Señor, ojalá pudiera co-rresponder a tu amor. Me arrodillo

ante ti, y junto al altar pongo bordón y mi calabaza de peregrino.

Sí, también nosotros somos peregrinos. Hombres y mujeres, vamos de paso, acompañando el ritmo del tiempo y de los días. ¿De paso, hacia dónde? Gracias a la Fe que nos diste y al bautismo que nos hizo hijos de Dios y herederos del cielo, no somos peregrinos al azar, ni nuestra alma camina sin dueño ni esperanza. Caminante sí hay camino y sabemos que, al final del mismo, nos esperas a las puertas de una morada sin pesar.

Tú siempre nos dijiste en tus palabras de vida eterna que has preparado un rincón del cielo para tus seguidores y los hombres y mujeres de buena voluntad. Bien sabemos que hay que tener buen tino para andar esta jornada sin error. Nuestra condición humana siente nostalgias de infinito, pero nos atraen las cosas de este mundo. Las que nos has encomendado para cuidarlas, la belleza de la creación, las criaturas con todos sus encantos, y tantas y tantas delicias que nos hacen a veces olvidar el fin y hasta convertirlas en idolillos que nos distraen y nos apartan de Tí. Tu cruz nos ha salvado, tus heridas nos han sanado. Gracias, mi Señor.

Hoy el camino ha sido hermoso, no como ayer, más abrupto y pedregoso, hoy la senda seguida desde el amanecer a este atardecer en que me esperabas en el secreto de este altar expuesto a mis súplicas y necesidades me ha llevado hasta Tí. El paisaje era un presagio de tu Belleza, y la suave brisa un adelanto de tus caricias. Y todo ha proclamado la Grandeza de mi Dios. Recuerdo con agradecimiento las palabras de Benedicto XVI al meditar el salmo 135, el día de san Benito:

*“Dios no aparece en la Biblia como un Señor impassible e implacable, ni es un ser oscuro e indescifrable. Él se manifiesta como una persona que ama a sus criaturas, que vela por ellas, les acompaña en el camino de la historia y sufre por la infidelidad de su pueblo a su amor misericordioso y paterno”.*

Al ver tu cercanía, tu disfraz humilde mi estupor crece al percibir tu presencia, en la humilde forma de un poquito de pan y un poquito de vino, recluso en apariencia a una cosa, para darnos el alimento que lleva a la vida eterna y para aliviar por este encuentro en intimidad mi soledad. Don Luis nos enseñaba:

*“Es la Eucaristía, señores, la obra maestra de Dios, centro augusto de los Sacramentos, por los cuales se nos comunica la virtud de la Redención; renovación incesante del Sacrificio del Calvario; abismo insondable del amor de Dios, donde reside la fuente misma de todas las gracias; continuación y multiplicación de la presencia de Dios hecho hombre en este valle de destierro; glorificación terrestre de la naturaleza y de la humanidad; perfeccionamiento supremo de la vida sobrenatural; corazón de la Iglesia; foco de su fecundidad, de su vida y de su unidad, la más espléndida de las manifestaciones del amor divino, el más estupendo de los milagros de su omnipotencia”.*

Y sigue diciendo don Luis: *“nadie; por pequeño y humilde y pecador que sea, está privado de alcanzar tan sublime dicha. Que no es asunto del entendimiento cultivado, ni de la ciencia, ni del talento, el logro de aquella ventura envidiable, sino fácil objeto del corazón, sin grandes ni exquisitos conocimientos y estudios. Amar es fácil y adorar es amar, y a las veces ama bien y ama mucho, y ama mejor el más rudo e ignorante, y tal vez el que antes era gran pecador, que el sabio y el justo, si la gracia le ayuda; y la gracia se presta siempre, lo cual es una*

*alta providencia del Señor que todos puedan amar a Dios... sobre todo, en la presencia real, en que se abre un mercado y en el que se compra sin dinero la joya más preciosa, el corazón de Jesucristo. Sin dinero, pero no sin precio”.*

El precio son las lágrimas de la compunción, los aromas de la humildad profunda, la riquísima perla de la mortificación, el óbolo, en fin, del amor; porque es un dicho vulgar, pero verdadero, que el Amor con amor se paga.

En este contexto cobran especiales resonancias las palabras escritas al pie del grabado que se convirtieron en lema eucarístico de la *Lámpara del Santuario* y en síntesis del ideal de un adorador de Jesús Sacramentado, según lo soñaba, lo proclamaba y lo vivía don Luis de Trelles. Fuge... Tace... Quiesce. Alma mía, olvídale todo. ¡Calla y reposa en tu Dios! Las tres resumen admirablemente el alma de la adoración y el ideal al que debe aspirar todo adorador. Fuge, huye, no sólo físicamente, alejándonos de la ciudad, tan pagana en nuestros días, al menos durante unas horas, sino huyendo de nosotros mismos, del hombre viejo apegado a nuestro corazón, rémora para corresponder al amor de Jesucristo. Es muy signi-

ficativo que debajo del grabado iniciase cada número con la denominada sección ascética, verdadero tratado para poder entrar en las vías teresianas del camino de perfección.

Tace, Calla. El barullo interior de nuestros afanes e inquietudes cotidianos nos impide, sí, nos impide oír al Dios que está escondido, pero que no es sordo ni mudo.

Quiesce, descansa. Lo propio del mundo es desazonarnos, llenarnos de inquietud. El Señor

lleva el timón de nuestra vida, abandónate en él, pon en Él toda tu confianza. Como el niño que se sabe seguro en los brazos de su padre. Inclinas tu cabeza sobre tus brazos apoyados en el reclinatorio porque sabes que atiende tus súplicas y escucha tus ruegos. Ocultas tus ojos pero tienes bien abierto el oído: Todo falla, pero no el oído.

Como el peregrino dile con voz apasionada: En Ti Señor confié, no quedaré confundido para siempre.

## PREGUNTAS BÁSICAS

1ª.- ¿Cómo se convierte en oración la contemplación de un cuadro? Si yo explico La Anunciación de Fray Angélico ¿Estoy haciendo oración porque el asunto es religioso? Si yo al contemplar la escena del Ángel Gabriel anunciándole la encarnación a María, espontáneamente me dirijo a Dios asombrado de la maravilla del Verbo hecho carne o le doy gracias a María por su sí, ¿verdad que la lección se convierte en oración?

2ª.- ¿Por qué D. Luis de Trelles eligió como representante de los adoradores, hombres y mujeres, a un peregrino que va hacia Santiago y se detiene en el silencio a intimar con Jesús Sacramentado?

3ª.- Debajo del grabado mandó poner don Luis esta frase: Alma mía, olvídalos todo. ¡Calla y reposa en tu Dios! ¿Por qué Los tres verbos resumen admirablemente el alma de la adoración y el ideal al que debe aspirar todo adorador?

## Necrológica

- **D. Jesús Polo Guerra**, adorador que fue del turno de honorarios.
- **D. Gabriel Fomperosa**, hijo del honorario Jaime Fomperosa y hermano político de la adoradora del turno 8º Mª. Caridad Briz.

# ACTUALIDAD DE LA ADORACIÓN NOCTURNA

El calendario de efemérides de la A.N.E. de este verano de 2019 ha estado cargado de aniversarios como los del CXXV de las secciones de Vall de Uxó (Segorbe-Castellón), Alboraya (Valencia), Salamanca, Puzol (Valencia), Cádiz y Ribarroja del Turia (Valencia). Y de centenarios como los de Villalonga (Valencia), Madridejos (Toledo), Ronda (Málaga) y Sabiote (Jaén).

Además se celebró la vigilia nacional el 29 de junio en el Cerro de los Ángeles a la que acudieron unos 3000 adoradores y 66 banderas de A.N.E. y A.N.F.E., que tuvo lugar la víspera de la renovación de la consagración de España al Sagrado Corazón, en el centenario de la primera consagración que leyó el rey Alfonso XIII en 1919.

La recepción de banderas, estandartes y grupos comenzó a las 19:30 horas. A las 20:30 horas tuvo lugar la procesión de entrada, seguida del rezo de Vísperas y la celebración de la Misa, presidida por monseñor Manuel Ureña Pastor, Director Espiritual Nacional de la Adoración Nocturna Española. En su homilía, D. Manuel nos recordó que el Corazón de Jesús es el Amor incondicional de un padre por sus hijos, y que este amor nunca nos faltará, por muy mal que nos portemos con Él. Jesús siempre está dispuesto a perdonarnos, y lo hará cada vez que se lo pidamos. Su muerte en la Cruz por nuestros pecados es el mayor signo de Amor que se puede dar, y su Corazón misericordioso siempre está a la espera de nuestro arrepentimiento.



A las 22:30 horas se procedió a la Exposición del Santísimo Sacramento, y a continuación se hizo la Oración de Consagración de todas las asociaciones presentes, seguida por la Oración de presentación de adoradores. A partir de las 23:00 horas se organizaron cuatro turnos de vela, de una hora de duración, hasta las 03:00 horas. En cada turno se proclamó el Oficio de Lectura, hubo un prolongado silencio para la oración, y se rezaron las preces expiatorias y el Te Deum. El primer turno fue cubierto por los adoradores venidos de fuera de Madrid, y el último



por los adoradores de las diócesis de Madrid, Getafe y Alcalá de Henares. Los turnos segundo y tercero los cubrieron los Jóvenes por el Reino de Cristo, que también hicieron su Consagración al Corazón de Jesús. La vigilia transcurrió en un marco de silencio y piedad extraordinarios al igual que la misa de renovación de la consagración de la mañana siguiente.



Muchas secciones han celebrado sus vigilias de Espigas como cada año. Santander celebró la suya el 1 de junio y sirvió

para la consagración de las secciones diocesanas al Sagrado Corazón. Asistieron todas las secciones salvo la de Castro Urdiales. Tuvo lugar en el colegio de los Sagrados Corazones de Torrelavega.

No podemos olvidar tampoco la Vigilia mariana de Zona Norte que reunió a muchos adoradores, y 15 banderas de las diócesis de Bilbao, Vitoria, San Sebastián, Calahorra-Santo Domingo de la Calzada

y Pamplona el 25 de mayo en Santo Domingo de la Calzada en el Año Jubilar de la diócesis riojana por el milenario del nacimiento del santo.

Más información en nuestra web:  
Ver eventos A.N.E. en  
[www.anesantander.org/2019/noticias-2019.html](http://www.anesantander.org/2019/noticias-2019.html)

**Acceder a nuestro boletines y la revista la Lámpara del Santuario**  
[www.anesantander.org/boletines.html](http://www.anesantander.org/boletines.html)

---

En el último trimestre del año, los turnos y secciones seguirán celebrando sus vigiliass mensuales correspondientes que, como sabemos, son obligatorias para todos los adoradores nocturnos ([www.anesantander.org/vigilias2.html](http://www.anesantander.org/vigilias2.html)) y se celebrará, además, una **vigilia extraordinaria, y también obligatoria, que es la de Difuntos. En Santander tiene lugar el día 1 de noviembre a las 21 horas en la Catedral.** En esta vigilia se recuerda especialmente a los adoradores fallecidos este año.

---

*“Entrego a vuestra meditación cuatro ideas cardinales: la alegría de nuestra vocación, la regla de nuestra obediencia, la paz en el alma... y la confianza en Dios por la oración”.*

(Luis de Trelles,  
Lámpara  
del Santuario, 1886)

---

**Adoración Nocturna de Santander:**  
**[www.anesantander.org](http://www.anesantander.org)**

[anesantander@laredcantabra.com](mailto:anesantander@laredcantabra.com)